

“Se Viene el Golpe” P. 8.

Como el zumbido de un moscardón, decreciente y creciente, pero sin dejar de oírse en cada oportunidad en que se habla de política y elecciones, suena este lugar común: “Se viene el golpe”. No abrigamos absoluta confianza en los que tienen en su poder la facultad de hacer respetar la voluntad ciudadana, y creemos, justificadamente, pues la experiencia así nos lo ha enseñado, que la decisión popular será frustrada por el imperio de la fuerza. Tan sedimentada está en nosotros la idea de que siempre habrá un grupo de personas para quien un hombre nuevo en la Presidencia o un conjunto de parlamentarios libres en las Cámaras serán, por su honestidad e independencia, peligrosos para sus intereses, que si nuestra sospecha se hace realidad habremos de sentirnos agraviados pero no sorprendidos.

A ese mismo criterio responde la irónica frase de un poeta ante la noticia de que un cuartelazo, hace algunos años, había terminado con un régimen que, si bien fue tempestuoso, tenía un origen de intachable constitucionalidad. “Hemos vuelto vuelto a la normalidad”, dijo el ingenioso comentarista al enterarse del triunfo de aquella revolución. Quería decir, en verdad, que habíamos retornado al tradicional sistema de la imposición, con su secuela de arbitrariedades, violencias y abusos. Cuando insinuamos, pesimistas, que “se viene el golpe”, reconocemos tácitamente que vamos a permitir que el país caiga en manos de los gobernantes que no quiere, que no ha elegido.

Hay más de una prueba de que nuestro pueblo es pacífico y de que además, por un secular espíritu fatalista, sabe resignarse a los males que le sobrevienen por azar o mandato. En su vida política ha sabido soportar, con reconcentrada paciencia, las dictaduras más cruentas. Y aunque nunca es vencido su ánimo libertario, aunque, tras cada autocracia, ha levantado su voz de protesta y reforma no les ha sido difícil a los audaces recuperar el poder y someter al país, de nuevo, a los yugos humillantes. En las épocas de rebeldía y victoria democrática ha tenido en los labios — y en la mente, por cierto — el miedo a la nueva derrota: “Se viene el golpe”. ¿Por dónde viene? ¿Quién lo trae? ¿Lo aceptaremos?

He aquí, por cierto, un factor antidemocrático. Si estamos dispuestos, por una especie de defección psicológica, a admitir que nuestras aspiraciones sean arrolladas, nosotros mismos las estamos arrollando. La decisión electoral debe ir acompañada de un propósito correlativo de impedir por todos los medios que nuestra fe sufra otra vez el atropello de la fuerza bruta. Si decimos que, además de votar, nos hallamos en condiciones espirituales de defender colectivamente, aun cuando los enemigos del pueblo conspiran, nuestras conquistas, y nos preparamos para evitar enérgicamente toda intrusión extraña, habremos ganado una virtud democrática: la de hacernos respetar como ciudadanía soberana.

Todas las amenazas implícitas en la frase aludida son contra el progreso de la patria. La lucha por el permanente establecimiento de las instituciones republicanas comenzó en las guerras iniciales de la independencia y lo que desde 1821 hasta hoy ha ocurrido son escaramuzas de una larga contienda contra aquellos que, por mantener sus privilegios, no han querido que la tiranía cese. Ser libre representa serlo dentro de uno mismo, primero, en la conciencia moral, y luego manifestarlo en la acción pública. No habrá libertad mientras en cada lapso en que ella se impone, por la voluntad de todos, echemos mano al lugar común que pronostica, con la pertinacia de un maligno moscardón, que “se viene el golpe”, es decir, que se viene la traición.

Sebastián Salazar Bondy